



DADOS DE ÁFRICA (S)

ISSN: 2675-7699

Vol. 02 | N°. 04 | Ano 2021

“TODA MI OBRA ES UNA PROPUESTA DE ACCIÓN”: ENTREVISTA CON DONATO NDONGO-BIDYOGO

Toda a minha obra é uma proposta de ação: entrevista com Donato Ndongo-Bidyogo

Pablo Blanco

Site/Contato

Editores

Rodrigo Castro Rezende
rodcastrorez@gmail.com

Ivaldo Marciano de França Lima
ivaldomarciano@gmail.com

Cinthia Nolácio de Almeida Maia
cinthianolacio@yahoo.com.br

“TODA MI OBRA ES UNA PROPUESTA DE ACCIÓN”: ENTREVISTA CON DONATO NDONGO-BIDYOGO

PABLO BLANCO ¹

Nacido en 1950 en Guinea Ecuatorial, pequeño país otrora colonizado por España, situado al oeste de África, frente al Golfo de Guinea, el escritor Donato Ndong-Bidyogo es una de las voces más significativas de los pueblos africanos. Más de 50 años lleva viviendo en España, exiliado, desde donde produjo gran parte de su obra, compuesta de novelas (*Los poderes de la tempestad*, *Las tinieblas de tu memoria negra*, *El metro*), relatos (*El sueño*, *La travesía*), ensayos (*Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial*, *Antología de la literatura guineana*, entre otros) y poesía (*Cántico*), además de colaborar en numerosos medios de prensa españoles y dictar clases y conferencias en Europa, América Latina y África. En su obra, mujeres, migrantes, exiliados, insurgentes, tienen lugar, dando cuenta de las consecuencias del colonialismo español y el neocolonialismo en el continente africano, como así también la oposición a los gobiernos surgidos de la post independencia en Guinea Ecuatorial y el racismo que vivencian los africanos en Europa. Esta entrevista nos acerca a uno de los escritores más importantes de la literatura poscolonial.

Si tuviera que definir los temas de su obra... ¿Cuáles serían?

Al ser un africano que vive casi toda su vida en el exilio, a causa de las tiranías que imperan en mi país, Guinea Ecuatorial, desde su independencia de España en octubre de 1968, es lógico que mis temas recurrentes sean las relaciones de poder entre dominadores y dominados. Es clara la postración del africano, que tiene causas concretas que se prefiere ignorar: primero fue la esclavitud, después el colonialismo y, tras éste, la opresión del negro encumbrado sobre sus compatriotas, cuestión a la que no es ajena la injerencia neocolonial extranjera. Y, por supuesto, las realidades que vivimos actualmente en la emigración, pues constatamos a diario que los europeos, invasores y explotadores de otros continentes durante siglos, no asumen de buen grado que otras razas y otras culturas se instalen en su territorio. Sobre estos temas reflexiono, ya referidos a mi país o al contexto general africano.

¹ Mg. Pablo Blanco

Grupo de Estudios sobre Movilidades, inmovilidades y territorios, Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales (Universidad Nacional de la Patagonia-Argentina)

Grupo Internacional de Investigación: Océanos, desplazamientos y resistencias en la literatura contemporánea, Camões Instituto- PT. (Universidad de Playa Ancha-Chile)

Correo electrónico: pabloblanco72@yahoo.com.ar

La presente entrevista fue realizada en el marco de las actividades del Grupo Internacional de Investigación Océanos, desplazamientos y resistencias en la literatura contemporánea, Camões Instituto- PT. (Universidad de Playa Ancha-Chile), dirigido por la Dra. Daiana Nascimento dos Santos.

¿Cuáles son los principales debates que usted rescata en la literatura africana actual?

Dado que el escritor es ciudadano, ante todo, no un mago creador de ilusiones encerrado en su torre de marfil, es normal que toda Literatura nazca o se inspire en las preocupaciones inmediatas del autor, el cual vive a diario los anhelos y/o frustraciones de su sociedad. En el caso de los africanos, los debates fundamentales son la necesaria recuperación de la dignidad despojada por la esclavización y el colonialismo, no garantizadas por nuestros Estados, ya que seis décadas de independencias sin soberanía apenas colmaron las expectativas, porque no trajeron ni libertad ni bienestar. Frustraciones que distorsionan la vida y ahondan la postración de la gente, descritas con claridad magistral por una pléyade de poetas, dramaturgos y novelistas – en general desconocidos fuera de los círculos académicos- como Chinua Achebe, Jacques Rabemananjara, Bernard Dadié, Ken Saro-Wiwa, Sembène Ousmane, Amos Tutuola, Amadou Kourouma, Wole Soyinka, John Pepper Clark, Mongo Beti, Sony Labou-Tansi, Ben Okri, Ken Bugul, Aminata Sow Fall, Boubacar Boris Diop, Nuruddin Farah, Tsitsi Dangarembga, Paulina Chiziane, Germano Almeida, Yvonne Vera, Veronique Tadjo, Ngugi wa Thiong’o... por citar algunos de los más relevantes. Otro tema de reflexión es la afirmación de la personalidad africana en el mundo, cómo adaptar nuestros rasgos específicos a nuestras necesidades actuales, qué podemos aportar a las demás culturas y cómo hacerlo, todo lo cual lleva a la eterna discusión entre tradición vs modernidad. Como negros, estamos preocupados por el racismo y la intolerancia, sobre todo ante realidades tan perversas como el *apartheid*, y en una época en que pretenden imponer de nuevo el pensamiento único y una única manera de concebir, ver y vivir la vida en esta Tierra común, plural. Como sujetos poscoloniales, es recurrente en nuestra obra la lacerante miseria de nuestros pueblos, que se traduce en la humillante pobreza material, cuyos signos son las carencias en sanidad, educación, vivienda, la emigración y los problemas que plantea en el país de origen y en el país de destino etc., y, sobre todo, cuáles son sus causas. Todo ello lleva a cuestionar las relaciones de poder, ya sea local, encarnado por nuestros dirigentes (tiranos y cleptómanos por lo general), o impuesto desde superestructuras “invisibles”, eso que se conoce como neocolonialismo. Son las grandes propuestas temáticas de las Literaturas africanas actuales. Por supuesto que están presentes esas otras cuestiones que, desde siempre, han preocupado a todo ser humano en cualquier época y lugar: el amor y la convivencia con el sexo contrario, el papel de la mujer en nuestras sociedades, las relaciones humanas, el porvenir de la juventud, la Naturaleza en nuestras vidas, todo eso.

¿Podría historizar los diferentes debates en la literatura africana que se han dado en los últimos 60 años?

Tras la II Guerra Mundial, los escritores africanos se centraron en dos cuestiones de suma importancia, ligadas entre sí: la recuperación de la identidad y dignidad propias, negadas por el colonialismo, y el restablecimiento de la soberanía, igualmente violada por la invasión de nuestros territorios desde finales del S. XIX, tras la Conferencia de Berlín (1884-1885). No se trataba sólo de ser independientes, sino de reivindicar nuestro derecho a una existencia como personas con unas culturas propias (lenguas, artes plásticas, literatura oral, etc), con una historia específica, con una cosmovisión diferente, con sus propias creencias y formas de vivir, legado de nuestros antepasados. En definitiva, la “humanización” del negro, cosificado desde los tiempos de la esclavitud. En ese sentido destacan dos movimientos, que se suelen considerar “rivales” –y lo fueron hasta cierto punto– pero que una atenta mirada puede ver complementarios: la *Négritude*, teoría cultural y política anticolonialista formulada en París en el período de Entreguerras, impulsada fundamentalmente por intelectuales francófonos (los poetas antillanos Aimé Césaire y Leon Gontran Damas y el senegalés Léopold Sédar Senghor, y la *African personality*, que sustentó el mismo ideario político y cultural desde el África anglófona, cuyos adalides principales fueron los poetas y novelistas nigerianos formados en la Universidad de Ibadan (Chinua Achebe, Wole Soyinka, John Pepper Clark, Cyprian Ekwensi...); se sumaron escritores y activistas sudafricanos como Peter Abrahams o Ezekiel Mphahlele, y el keniano Jomo Kenyatta. Destacar que esas corrientes, sobre todo la segunda –por afinidad idiomática– actuaron de consuno con movimientos culturales afroamericanos como *The Harlem Renaissance*; lograron terminar con el desprecio y la estigmatización que las culturas africanas padecieron durante siglos, e impulsaron decisivamente el proceso hacia las independencias, obtenidas a partir de una década después. En esa etapa se crea la editorial y revista *Présence Africaine* (por el senegalés Alioune Diop en 1947), que contribuirá de modo decisivo al conocimiento de las Literaturas africanas al lanzar algunas, si no todas, las obras emblemáticas: por ejemplo la *Antología de la nueva poesía negra y malgache en lengua francesa*, de Senghor, prologada por Jean-Paul Sartre (1948); *L’Enfant noir*, de Camara Laye (1953), *Ville Cruelle*, de Eza Boto (seudónimo de Mongo Beti, 1954), *Mauvais sang*, de Félix Tchicaya U Tamsi (1955) o *Une vie de boy*, de Ferdinand Oyono (1956). Otro hito fue la reunión en París, en septiembre de 1956, del Congreso de Escritores y Artistas Negros, con la presencia, entre otros, de Aimé Césaire, Léopold Sédar Senghor, Jacques Rabemananjara, Richard Wright, Cheik Anta Diop, Mercer Cook, John Davis y Jean Price-Mars. Es de suma importancia recordar que las ideas emanadas de ese encuentro regulan desde entonces las relaciones culturales entre todos los pueblos y culturas del mundo: conceptos como *multiculturalismo*, *diálogo de Civilizaciones*, *diversidad e interculturalidad* fueron formulados entonces por primera vez por estos intelectuales negros,

marcando de modo fructífero no solo las relaciones políticas y culturales, sino la forma de percibir al “otro”. Aunque nadie lo reconozca en la actualidad, su formulación allanó de modo definitivo el camino hacia la armonización de las relaciones entre las diferentes culturas, razas y credos, permitiendo la superación de recelos e intolerancias inoculados por el colonialismo, cuya expresión máxima, el racismo, alcanzaría la más alta cota cuando las ideologías totalitarias alcanzaron el poder, provocando los horrores la II Guerra Mundial.

Lograda la soberanía formal, y ante la dura realidad de que las independencias no supusieron la liberación exigida y esperada por las poblaciones, pues la reacción de las fuerzas colonialistas fue la brutal destrucción de las incipientes democracias para instalar regímenes autoritarios y tiránicos que velaran únicamente por sus intereses, se produjo en toda África una profunda desilusión. Las obras escritas a partir de 1965 –con la inmensa mayoría de sus autores en la cárcel o en el exilio por la falta de libertades- reflejan decepción y pesimismo e instan a la regeneración. Es la etapa conocida como el “afropesimismo”, en la cual aún seguimos inmersos en términos generales, si bien renace una tímida esperanza tras el fin del régimen neonazi del *apartheid* en Sudáfrica. Podríamos decir, para entendernos, que, en lo político, económico y cultural, África atraviesa en la actualidad la etapa vivida en América Latina durante las décadas de 1950 a 1990.

¿Cuál es su postura frente a escribir en la lengua colonial? Podríamos decir que gracias a ello su obra puede ser leída en diferentes países más allá del suyo. Pero también podríamos decir que no todos leen las lenguas coloniales y, que, siguiendo a Wa Thiong’o, resulta necesario que los campesinos, los trabajadores, las mujeres, sectores con muchísimas dificultades de acceder a la educación formal, conozcan estas historias.

Me confesé siempre un modesto discípulo de Frantz Fanon, cuya obra y pensamiento introduje en España –en una serie de artículos publicados en la revista *Índice* en los años ‘70 del pasado siglo- y un humilde seguidor de africanos ilustres como Kwame Nkrumah, Amílcar Cabral y Agostinho Neto; el anticolonialismo militante que indudablemente profesaron no significó rechazo de las aportaciones esenciales de otras civilizaciones, como la técnica, la escritura y la lengua; lo dicen expresamente sus textos y, por supuesto, su praxis. Nunca entendí a esos intelectuales africanos que denuestan las lenguas originariamente europeas en las que nos expresamos ahora los africanos, puesto que las hemos adoptado como instrumentos de liberación y de proyección hacia la universalidad; las hemos hecho nuestras, tan nuestras como las nativas africanas, las hemos transformado, las estamos vivificando, enriqueciéndolas, para que sirvan a nuestros intereses, uno de los cuales es la imprescindible fijación de nuestro pensamiento, de

nuestros sentimientos y de nuestras emociones africanos, para dar testimonio de nuestro tiempo y conservar la memoria. El trabajo del escritor es escribir; ni somos lingüistas, ni tenemos poder político para determinar el papel de nuestras lenguas consuetudinarias en el proceso educativo, por lo cual no se puede poner sobre nuestros hombros tal responsabilidad. Mientras se lo piensan los filólogos y los políticos, nuestra obligación es usar el instrumento a nuestro alcance para sacar de él todo el partido posible. ¿O debemos dejar de escribir hasta que en algún siglo venidero se normativicen nuestros idiomas autóctonos? No me parece que tenga mucho sentido. Frente a ese tipo de planteamientos estridentes, más academicistas que problemas reales para los africanos de a pie, prefiero seguir las huellas de maestros como Chinua Achebe, Wole Soyinka, Amadou Kourouma o Bernard Dadié, que no tuvieron nunca complejo alguno en expresar sus ideas y pensamientos africanos en inglés o francés; Cabral y Neto, que lideraron los movimientos de liberación de sus países y lucharon contra el colonialismo portugués con las armas en la mano, tampoco cuestionaron la lengua portuguesa como vehículo de expresión en Guinea (Bissau), Cabo Verde y Angola. Algunos demagogos dicen que somos “ladrones de lenguas”, y que expresamos nuestras emociones africanas “en la lengua del enemigo”. Yo no he robado nada, porque ya se hablaba español en Guinea Ecuatorial cuando llegué al mundo, y no tengo enemigos culturales, pues ninguna cultura puede ser “enemiga” de un ser humano. Según ese argumento, los franceses, españoles y portugueses deberían rechazar sus idiomas, al ser igualmente productos de la colonización romana. ¿No parece absurdo o, peor, una estupidez? También se olvida que, para escribir en fang, kikuyo, yoruba o wolof (por citar algunas) hay que *escribir*; y el alfabeto es también legado de la colonización, ya que todas las lenguas nativas africanas son ágrafas, y las culturas africanas precoloniales eran exclusivamente orales. ¿Renunciamos por ello a la escritura? Por todo ello, considero ésta una polémica artificial. Y tenemos demasiados problemas reales para que perdamos el tiempo en discusiones sólo gratas para los intelectuales occidentales.

¿Cómo describiría su experiencia en el exilio? ¿Cómo se vincula a su obra?

Salí de Guinea Ecuatorial en 1965, con catorce años, para estudiar en España, donde sigo ahora mismo. Gran parte de mi existencia, salvo períodos cortísimos, ha transcurrido, pues, en el exilio. No soy emigrante, sino exiliado por razones políticas, pues fui amenazado de muerte por el actual régimen debido a mi tarea profesional, y tuve que huir en 1994 y regresar a España. A pesar de que aquí no estoy amenazado de forma expresa, noto en mi vida cotidiana la sutil presión. De modo que puedo atestiguar que no es fácil ser negro en España (ni en ninguna parte). Sumidos en su autocomplacencia, los españoles se jactan de no ser racistas, porque, dicen,

ningún negro ha sido colgado en una encina, y su policía no nos apalea hasta la muerte, como en Estados Unidos. Pero sería recomendable -sobre todo a ellos- releer a Juan Latino, un escritor negro que nació y vivió en la España del S. XVI y fue profesor en la Universidad de Granada. Vivimos ahora mismo los mismos problemas que aquel prócer. Sólo constatar que resulta muy fácil no ser racista en una sociedad cerrada, homogénea, sin aristas, donde, desde los Reyes Católicos hasta ayer mismo, todos pertenecen a una misma raza, hablan una sola lengua, practican un solo credo y comparten idénticos valores, para ellos incuestionables, pese a la proclamada pluralidad. Ahora que se colorean sus calles, cuando llegan otros humanos expresándose en otras lenguas, con culturas diferentes que se manifiestan en la vestimenta, en la comida, en la religión, en el pensamiento o en la cosmovisión, nadie puede negar que la percepción ha cambiado. De ahí que, desde muy temprano, me autoimpusiera la ardua tarea, rayana en temeridad, de asumir retos en apariencia imposibles; el primero de los cuales fue buscar el modo de convencer a quienes me rodeaban -y, después, a quienes se acercaran a mis textos- de que soy tan humano como ellos. ¿Acaso no era osadía inconcebible que un paupérrimo e ignorante negro africano se atreviera a proponerse desmontar en un país europeo mitos de siglos, proclamados por sus mentes más preclaras y asumidos por el conjunto de su sociedad? Baste reseñar la *Filosofía de la Historia* de Hegel, el “emperador del pensamiento” según Ortega y Gasset, la nueva Biblia que marcó las ideas y la relación de los europeos sobre y con el resto del mundo, cuya tesis básica es una falacia: fuera de Europa no existe Historia; luego, al carecer de Historia, todos los demás pueblos de la Tierra carecen de cultura y sus intrínsecas manifestaciones conceptuales, como estética, moral y demás cualidades intelectuales. Argumento motriz que esparció la muy extendida percepción sobre el “salvajismo” de los “pueblos primitivos”, atribuidas a los negros de modo particular. Peligrosa simplificación eurocentrista que, en tiempos de esclavitud y de la incipiente expansión colonial, pronto se extendería a través de sus numerosos epígonos, génesis de todas las ideologías actuales, incluida la marxista. Mi vida en el exilio, debido a las tiranías imperantes en mi país tras la independencia, sostenidas por empresas y Gobiernos exteriores, está consagrada a tratar de abrir un resquicio en esas ventanas, por las que debe penetrar aire nuevo. Estas sociedades se enorgullecen de su civilización, de sus logros sociales y de su desarrollo económico, y desprecian cuanto desconocen, sin admitir que cuanto son y tienen fue y es posible por la explotación de nuestros recursos y la continua humillación de los africanos. Por eso soy un inconformista ante las distorsiones que condicionan la existencia del ser humano, lo que llamamos genéricamente injusticias; lo perciben críticos y estudiosos de mi trayectoria y obra –literaria, ensayística, periodística y conferencias, siempre dedicada a mi país y a mi Continente- y por ello se me considera “escritor comprometido”. A pesar de los momentos de angustia y soledad, de nostalgia e incluso de rabia, no dejo que la

dureza de esta vida de exiliado consume mis energías en lamentos inútiles. Por difícil que sea, ocupo este tiempo aprovechando las amarguras que genera, para señalar y comunicar al resto del mundo las realidades que vive mi sociedad, de la que no soy ajeno, sino miembro y transmisor. El objetivo es simple: que, a través de nuestros anhelos y frustraciones, se perciba este mundo común y plural *también* desde nuestro punto de vista. El exilio me obliga a cuestionarme, a indagar continuamente el porqué de esta situación, desde los aspectos más nimios (por qué no estoy en mi país, en mi clima y con los míos, comiendo mis comidas y tumbándome en la playa en diciembre, en lugar de soportar estos espantosos fríos invernales; ¿qué hice, qué hicimos para merecerlo?) hasta el esfuerzo de indagar, con fe e ilusión, las posibles soluciones que acorten la infelicidad de nuestros familiares y amigos en nuestro lugar de origen y nuestra propia infelicidad, dotándome de mecanismos de autodefensa contra el odio, sublimando cuantos sentimientos negativos puedan impedirme gozar de una existencia menos sórdida. Tarea no siempre comprendida, que tiene como norte la recuperación de nuestra libertad, de nuestro desarrollo y de nuestra dignidad como aspiraciones irrenunciables. Por ello, como he dicho en alguna ocasión, toda mi obra es una propuesta de acción.

¿Cuál es su relación con América Latina? ¿A través de que canales? ¿Cómo es su vínculo con el continente africano?

No es muy intensa, hasta ahora, mi relación con América Latina, al menos no lo suficiente como sería mi deseo. Por un lado, Guinea Ecuatorial, único país hispanófono en África, tiene un pasado común con la América hispánica, estrecho vínculo histórico, lingüístico y cultural que debiera profundizarse en todas sus dimensiones, incluidas la política y económica. Por otro, resulta indudable el componente africano derivado de la esclavización -más o menos evidente según la zona- en todos los países latinoamericanos; ese innegable componente africano es una realidad que impregna sus culturas, resultado de la interacción de las diversas procedencias que confluyen en la tipología humana que conforma sus sociedades. No se puede entender la identidad latinoamericana sin tener en cuenta todas las aportaciones. Por eso quisiera conocer mejor dichos países, no sólo a través de los libros y otras manifestaciones culturales, como la música. Sin embargo, sólo he visitado, y muy brevemente, Puerto Rico (en 1988), Argentina (2004), México (2009) y Brasil (2014), para dar conferencias. En 2020 participé en la Feria del Libro de Cali (Colombia) y en octubre pasado di una charla a los estudiantes de la Universidad de Playa Ancha (Valparaíso, Chile), ambas *on line* debido a la actual pandemia universal. Sé que mi obra es apreciada en esos países, y tengo allí amigos, escritores y profesores, que contribuyen a su difusión. Recuerdo con emoción mi amistad y cálido contacto

epistolar con maestros como el colombiano Manuel Zapata Olivella, los ecuatorianos Nelson Estupiñán (fallecido) y Luz Argentina Chiriboga, los peruanos Nicomedes Santacruz (fallecido) y Lucía Charún Illescas, la uruguaya Cristina Rodríguez Cabral...

Mi relación es similar con África. Se estudia mi obra en numerosas Universidades –sobre todo del África francófona– pero al residir en España y, también, por la penuria generalizada en esas instituciones, se dificulta mi presencia en esos foros. He participado dos veces en la Feria del Libro de Maputo (Mozambique), en su inauguración en 2010 y en la edición del presente 2021, *on line*. En junio pasado impartí un ciclo de conferencias y seminarios en las Universidades de Abidjan y Bouaké (Costa de Marfil), que suscitaron un entusiasmo inusitado, por la masiva asistencia. Recibo invitaciones de otras Universidades, cuya realización depende de los medios de que dispongan y de la relajación o supresión de las actuales restricciones para viajar. Mantengo estrecha relación con algunos escritores y bastantes profesores de numerosos países, intercambio sumamente estimulante y fructífero; en particular con los novelistas Mia Couto (Mozambique) y Germano Almeida (Cabo Verde), además del ya fallecido Ahmadou Kourouma. Fui invitado por Wole Soyinka a los actos organizados en Nigeria con ocasión de su 80 aniversario, en 2014, a los que no pude asistir debido a complicaciones burocráticas; pero sé que él aprecia mi obra, me consta que ha leído la traducción inglesa de mi novela *Las tinieblas de tu memoria negra* y algún relato mío publicado en “The Savannah Review”, que edita la Kwara State University de su país, en la cual también colabora.

Recibido em: 23/09/2020

Aprovado em: 10/11/2020